

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Escritor



Conversaciones en El Escorial

NO hay nada mejor que vagar, que salirse uno de su casa, y a veces de sus casillas, reunirse con viejos y nuevos amigos, sean del colorido político que fueren —¡ay, qué pocos colores ideológicos para tanta ambición como anda suelta!— y escuchar, más que intervenir, lo justamente necesario, para que no se crean que uno es idiota. Pues bien, charlar, escuchar, leer la prensa sin precipitaciones mientras se prepara una lectura de poemas o una intervención en una mesa redonda, asomar la cabeza en reuniones de jueces y juristas o en charlas sobre lo bien que va el asunto cultural, con sus producciones masivas de libros, con su innarrable sistema de subvenciones a cine, teatro, editoriales, autores poco insignes y triunfalismos de todo tipo, es lo que hice estos días pasados en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense en El Escorial. Y sí, he descansado de mi habitual trabajo casero ante la máquina de escribir, he escuchado cosas sorprendentes, he dormido bien y he procurado estar en la compañía de personas que me han aceptado cada día en su mesa, a las horas del almuerzo y cena. Y sobremesa.

AMIGOS Y SORPRESAS.— Pocas sorpresas entre mis amigos: Pilar y José Saramago, Antonio Buero Vallejo, Angel González y Roa Bastos, Juan Diego, Cabrera Infante, Juan Cruz Ruiz, Fanny Rubio, Lauro Olmo, Fátima y Carmenchín. Y esporádicos visitantes, como Carmen Romero, Pedro J. Ramírez, la flamante y dulce y lista Carmen Alborch, a la que esperan días duros, de los que estoy seguro se saldrá airosa, y otras gentes, de variado pelaje.

Las sorpresas, sólo en ciertos escritos y también en intervenciones en las que procuré no meter-

me, menos en casos clamorosos: un juez que centró la corrupción en el PSOE exclusivamente, y en los aledaños del Gobierno, ignorando u olvidando los escándalos del PP en las autonomías que controla, elogiando el comportamiento de Pujol —esto fue antes de que Roca diera el sí incondicional a la investidura de Felipe González— o bien leer un dossier dedicado a los hombres de empresa, en el que se afirmaba nada menos «que la ética es rentable»; o para contradecir a los que defendían la obra de Roa Bastos, no como gran novelista que es, sino como un maestro de la prosa castellana, cosa que no es; o los que te decían que no te metieras en «eso de las subvenciones», que iba a ser peor —¿para quién?—, e *cosí via...* Mucho barren para casa.

Resulta que me llevé a El Escorial, para releerlo con calma, un ensayo de Paul Kurtz, profesor de Filosofía de la Universidad Estatal de New York, que me ayudó a ordenar tantas y tan contradictorias aportaciones a la ética, sea política, económica, cultural, religiosa o empresarial. La ética, dice Kurtz, se refiere no ya a un grupo social, sino al individuo y su afán de medrar: se ha olvidado una ética aplicable a toda la humanidad, que pueda servir a todos los que habitamos y habitarán este planeta. Todos somos responsables frente a los demás hombres, empezando por los de tu propio entorno, tu propio país, aunque piensen de forma distinta de la que tú piensas. Hago una pausa y releo los editoriales de un periódico abecedario, empeñados en negar el pan y la sal a cualquier logro del actual Gobierno: nada sobre los billones que la Comunidad ha adjudicado a nuestro país, nada sobre las incriminaciones a altos cargos de la

Administración promovidos, al fin, por el propio Gobierno, negros augurios sobre el llamado pacto social, críticas a sus antiguos amigos de derechas, CIU y PNV, por su «traición a España»... Dejo el abecedario y me pongo a pensar que a mucha gente le gustaría que este país se hundiera antes que verlo mejorar con el actual Gobierno.

EQUIDAD.— La equidad, pienso, debe ser expresada como aprecio a las personas que merezcan aprecio, sean del color que sean, y esto equivale a dar un trato de justicia y de respeto hacia los que quieren mejorar el país, no hacia los que llevan un montón de años de pataleta en pataleta, y sin conseguir nada más que satisfacciones como ésta: «¿Leíste qué palo le pegó al Narcís Serra?». Realmente, tenía y sigue teniendo razón mi querido amigo Jaime Gil de Biedma, cuando definía a España como «un intratable pueblo de cabreros». Y de cabritos, añado.

Milagroso país en el que te encuentras a antiguos curas en Izquierda Unida, a antiguos muchachos «del Mayo francés» (¿cuántos estaban allí, millares? No los vi, ni me interesó nunca, en serio, aquel juego de adolescentes, a los que los trabajadores no dejaron jamás entrar en las fábricas para soltar aquello de «la imaginación al poder»), a antiguas flores de mayo, decía, escribiendo soflamas reaccionarias desde todos los abecedarios de esta tierra nuestra, que no son pocos. A antiguos militantes comunistas practicando el acoso y derribo de IU o de Iniciativa per Catalunya, ahora: a moro muerto, gran lanzada.

No quiero seguir hablando de ética social, pues no la veo, y me paso a la ética individual, a sus

a equidad debe ser expresada como aprecio a las personas que merezcan ese aprecio, sean del color que sean, y a dar un trato de justicia hacia los que quieren mejorar el país

principios, a los que todo ser humano «debiera» aspirar, y que habría que enseñar a las futuras generaciones. Son tales principios, y valgan como muestra, la capacidad de una persona de aceptar la responsabilidad y coherencia de su propia vida; el buen juicio o razón para intentar tomar decisiones acertadas que beneficien también a los demás; el respeto hacia uno mismo; una actitud positiva y optimista hacia la vida; saber apreciar los placeres físicos y espirituales; saber perder sin rencor o dar la razón a tu oponente, si la tiene; en fin, procurar alcanzar la huida libertad y la esquivada felicidad, y procurársela a los demás. Y ser tolerante,

pero sólo hasta ciertos límites, es decir, no aguantar memeces dichas fatuamente en tu presencia y quedarte callado, pues eso puede producir úlcera de estómago. Y no quiero tenerla.

Hay gente que habla de la degradación de nuestra juventud, del fracaso socialista de la enseñanza —¿y de la enseñanza católica, y opusdeística?—, del aumento de la drogadicción y del sida, de la violencia y del crimen en aumento, de la excesiva libertad sexual. Pero esa gente que así habla olvidó sus propios crímenes, la represión posterior a la guerra civil, la absoluta y vergonzante discriminación de la mujer, y olvida que «nuestra juventud degenerada» son sus hijos y sus nietos, no los míos. Es síntoma de envejecimiento intentar detener el tiempo, fijar unas costumbres como se fija a una pareja en el retrato de boda. Pero el mundo camina, por suerte, y nosotros debemos intentar caminar con él. Y, si es posible, delante de él.

DIAS DE LIBERTAD.— Ya ven ustedes lo que da de sí aceptar estar presente en El Escorial. Por supuesto que habrá mucha gente que no esté en absoluto de acuerdo con lo que aquí escribo, y son muy libres, faltaría más. Y hay que estar preparado para que te llamen maniático sexual, centramínico, alcohólico, «rojazo», agresivo, pagado de ti mismo y otras lindezas. Pero nadie me podrá quitar unos días en los que tuve la libertad de escoger a mis amigos: gracias, Saramago; gracias, Angel González; gracias, Fanny Rubio; gracias, Antonio Buero Vallejo... Gentes como vosotros mueven el mundo sin pegar un tiro, mientras sea posible.